

# SOCIOLOGÍA POLÍTICA DE LA MILITANCIA EN ORGANIZACIONES TERRORISTAS

Por FERNANDO REINARES

## SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN.—II. INTERROGANTES QUE SUSCITA LA MILITANCIA TERRORISTA.—III. CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS DE LOS MILITANTES.—IV. EXPERIENCIAS PREVIAS DE SOCIALIZACIÓN POLÍTICA.—V. MOTIVACIONES INDIVIDUALES PARA LA MILITANCIA.—VI. CONTEXTO DE LA MICROMOVILIZACIÓN Y RECLUTAMIENTO.—VII. MANTENIMIENTO DEL COMPROMISO EN LA CLANDESTINIDAD.—VIII. ABANDONO DEL TERRORISMO Y CONSECUENCIAS BIOGRÁFICAS.—IX. CONCLUSIONES.

## I. INTRODUCCIÓN

Abundan los estudios acerca del comportamiento electoral y la afiliación a partidos políticos legales o grupos de interés constitucionalizados. Notorias son ya, asimismo, las investigaciones sobre participación en variedades menos convencionales y más bien no institucionales de acción colectiva, como los movimientos sociales en general. Muy limitado y poco concluyente es, sin embargo, el conocimiento que existe en torno a la implicación en formas extremas de actividad política organizada, caracterizadas tanto por la naturaleza frecuentemente violenta de los medios que utilizan como por el elevado riesgo que suponen y el totalizante compromiso personal que reclaman. Un buen ejemplo de esta implicación lo constituye actualmente, sobre todo en el ámbito de las sociedades industriales avanzadas, la militancia en organizaciones terroristas. Es decir, la plena y activa pertenencia a un tipo de grupos, por lo común de tamaño reducido y formato clandestino, que tratan de afectar la distribución del poder, a nivel interno o internacional, mediante la práctica preferente y sostenida de actos violentos cuyos efectos psíquicos exceden con creces cualesquiera consecuencias materiales provocan y se dirigen principalmente contra blancos seleccionados por su relevancia simbólica en el seno de una

sociedad dada (1). Un tratamiento sistemático de la fragmentaria información disponible respecto a la militancia en tales organizaciones terroristas, al margen tanto de su orientación insurgente o vigilante respecto al orden político vigente como del signo proactivo o reactivo de la movilización que protagonizan, bien puede contribuir a la articulación de teorizaciones más completas e integradoras, formuladas a un nivel de análisis individual, sobre los determinantes sociales de la acción colectiva en general y de la participación política en particular, ofreciendo al mismo tiempo una perspectiva comparada con referencia a la cual abordar el estudio empírico pormenorizado de casos concretos.

## II. INTERROGANTES QUE SUSCITA LA MILITANCIA TERRORISTA

A pesar de la ingente cantidad de publicaciones dedicadas al terrorismo, desde la ciencia política y la sociología no se ha prestado la debida atención a dicho fenómeno. Tal negligencia es más evidente, si cabe, respecto a cuantas incógnitas suscita la participación individual de quienes se implican en aquellos grupos más o menos articulados que practican semejante violencia. Todo ello ha favorecido que se extienda una interpretación, nunca propiamente corroborada en la investigación empírica, de acuerdo con la cual quienes se implican en organizaciones terroristas padecen alguna suerte de dolencia mental o disturbio de la personalidad (2), cuando no se trata de personas que culminan así una carrera precedente como delincuentes comunes o de agentes al servicio de oscuras conspiraciones internacionales. Diríase, pues, que existe cierta tendencia a circunscribir las indagaciones sobre formas de acción colectiva que se desvían de normas ampliamente aceptadas en la búsqueda de psicopatías o variables de estimación improbable. Sin por ello negar la eventual incidencia de factores de naturaleza psicológica, criminológica o internacional, a partir de aquí resulta manifiesta la necesidad de indagar con mayor profundidad, con talante interdisciplinar, la militancia en organizaciones terroristas.

A fin de lograr un mejor conocimiento de dicha militancia parece adecuado explorar inicialmente seis problemas singulares que plantea su estudio, diferenciados con propósitos analíticos. Los cuatro primeros, como se verá, hacen referencia a una cuestión clave en las indagaciones politológicas y sociológicas sobre violencia colectiva: la de por qué y cómo se produce el tránsito desde formas pacíficas de

(1) FERNANDO REINARES: «Características y formas del terrorismo político en sociedades industriales avanzadas», *Revista Internacional de Sociología*, núm. 5, 1993, págs. 35-67.

(2) OTTO BILLING: «The case history of a German terrorist», *Terrorism*, vol. 7, 1984, págs. 1-10; JEANNE N. KNUTSON: «Social and psychological pressures towards a negative identity: the case of an American revolutionary terrorist», págs. 105-150 en YONAH ALEZANDER y JOHN M. GLEASON (eds.): *Behavioral and quantitative perspectives on terrorism*, Pergamon Press, Nueva York, 1981; KLAUS WASMUND: «The political socialization of West German terrorists», págs. 191-228 en PETER H. MERKL (ed.): *Political violence and terror: motifs and motivations*, University of California Press, Berkeley, 1986.

interacción social hacia otras violentas (3). De otro modo, por qué hay quienes parten desde una actitud de aquiescencia, o de hallarse implicados en formas pacíficas de relación social, hacia otras violentas. Así, el primero de los problemas trata de la conexión entre los activistas y su entorno social o población de referencia, de manera que puede plantearse del siguiente modo: ¿hasta qué punto comparten atributos demográficos y sociales comunes quienes pertenecen a una organización terrorista? Atributos tales como el sexo, la edad, la procedencia geográfica, el hábitat de origen, la ocupación, la pertenencia étnica, el nivel educativo o la clase social. Más aún, ¿se registran cambios significativos, en lo que atañe a esas características sociodemográficas, a través del tiempo? El segundo problema discute antecedentes familiares y educativos, entre otros relevantes, para formularse de este modo: ¿es posible hallar experiencias de socialización política que resulten típicas de quienes se unen a una organización terrorista? Y, de nuevo, ¿varía la importancia de tales experiencias de socialización política con respecto a distintas oleadas de activistas, si es posible distinguirlas? Tercero, asimismo desde un punto de vista dinámico, atención especial requiere lo que parece un tema evasivo, pero resulta ineludible: ¿de qué manera operan diferentes motivaciones induciendo la decisión de convertirse en miembro de una organización terrorista? El cuarto problema de los aquí abordados es, por su parte: ¿cómo tiene lugar, de hecho, el proceso de reclutamiento? Particular atención requiere, a este respecto, examinar el modo en que los canales y pautas de reclutamiento evolucionan a lo largo del tiempo. Más allá de los aludidos, cabe plantear otros dos asuntos que han recibido todavía menos atención en la literatura especializada que los precedentes. De este modo, un quinto explora el mantenimiento del compromiso una vez en la clandestinidad: ¿qué factores e incentivos explican la militancia prolongada en organizaciones terroristas, pese a los elevados riesgos que aparentemente implica? El sexto y último problema se enuncia como singularmente novedoso en el estudio politológico y sociológico de la participación en organizaciones terroristas: ¿bajo qué condiciones resulta más verosímil la salida del terrorismo, el abandono de una organización terrorista? Al mismo tiempo, ¿cuáles son las consecuencias biográficas que, en términos de actitudes, comportamientos y estilos de vida posteriores, acarrea el haber estado implicado en dicha forma extrema de activismo político?

Tales problemas deben ser tentativamente explorados con referencia a un marco analítico integrador, desde una perspectiva teórica plural y mediante evidencia empírica procedente de aplicar distintas metodologías. Un marco pensado para integrar los diferentes niveles de análisis individual, organizativo y estructural o sistémico, aunque privilegiando el primero de ellos y, más concretamente, las condiciones subjetivas del conflicto violento, al igual que la construcción social de la realidad que acontece tanto en los ámbitos interactivos donde ocurre la movilización como

---

(3) JAMES B. RULE: *Theories of civil violence*. University of California Press, Berkeley, 1988, pág. 271.

en la clandestinidad misma (4). Perspectiva teórica plural y acomodada al nivel de análisis privilegiado, que informe la formulación de hipótesis. Aprovechando, por analogía, las sugerencias pertinentes que es posible hallar en la literatura académica referida a movimientos sociales, disenso político no violento, sociedades secretas e incluso sectas religiosas. Utilizando, en definitiva, datos extraídos tras haber utilizado tanto técnicas de investigación sociopolítica cuantitativas como cualitativas, en esta segunda vertiente asumiendo la lógica de la inducción analítica.

### III. CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS DE LOS MILITANTES

Cualquier análisis sobre la militancia en organizaciones terroristas ha de empezar por establecer los contornos de aquellos segmentos sociales a que pertenecen quienes en ellas toman parte, con el fin de estimar la validez de algunas hipótesis o de interpretar convenientemente hallazgos singulares. A pesar de las dificultades que entraña ofrecer datos precisos, debido a que la información sobre el perfil sociodemográfico de los terroristas es incompleta y buena parte de las escasas estadísticas existentes no distinguen entre militantes o colaboradores de una organización clandestina, categorías distintas de implicación en actividades de violencia, la evidencia disponible resulta suficientemente reveladora (5). Se ha sugerido, en un sentido amplio, que es más probable hallar un mayor grado de afinidad entre los atributos sociodemográficos de los militantes y su correspondiente distribución respecto a la población circundante, o más propiamente a la población de referencia, en las organizaciones terroristas contemporáneas de signo nacionalista que en las que

---

(4) JOSÉ M. MARAVALL: «Subjective conditions and revolutionary conflict: some remarks», *British Journal of Sociology*, vol. 27, 1976, págs. 21-34; PETER L. BERGER Y THOMAS LUCKMANN: *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1978.

(5) Para la elaboración de este epígrafe se ha recurrido de modo preferente a las siguientes obras: J. BOWYER BELL: «Career moves: reflections on the Irish gunman», *Studies in Conflict and Terrorism*, vol. 15, 1992, págs. 69-88; RICHARD BLATH Y KONRAD HOBE: «Quelques caractéristiques sociobiographiques des terroristes et de leurs auxiliaires», *Revue Internationale de Criminologie et de Police Technique*, vol. XXXV, 1982, págs. 271-290; K. BOYLE, T. HADDEN Y P. HILLYARD: *Ten years on in Northern Ireland: the legal control of political violence*, Cobden Trust, Londres, 1980; JEFFREY S. HANDLER: «Socioeconomic profile of an American terrorist: 1960s and 1970s», *Terrorism*, vol. 13, 1990, págs. 195-213; MARC LAURENDEAU: *Les Québécois violents: la violence politique, 1962-1972*, Les Editions du Boréal, Montreal, 1990, capítulo VII; FRIEDHELM NEIDHARDT: «Leftwing and rightwing terrorist groups: a comparison for the German case», *International Social Movement Research* vol. 4, págs. 215-235; DONATELLA DELLA PORTA: *Il terrorismo di sinistra*, Il Mulino, Bolonia, 1990; FERNANDO REINARES: «Estructura social y terrorismo político: la cambiante caracterización sociodemográfica de quienes han militado en ETA», Departamento de Sociología II, Universidad Nacional de Educación a Distancia, documento policopiado, 1996; CHARLES A. RUSSELL Y BOWMAN H. MILLER: «Profile of a terrorist», *Terrorism*, vol. 1, 1977, págs. 17-34; BRENT L. SMITH: *Terrorism in America*, State University of New York Press, Albany, Nueva York, 1994, capítulo 3; LEONARD WEINBERG Y WILLIAM L. EUBANK: *The rise and fall of Italian terrorism*, Westview Press, Boulder y Londres, 1987, capítulo 5.

persiguen fines propios de la extrema derecha o la extrema izquierda (6). Más allá de esta consideración genérica, la fragmentaria investigación previa ha confirmado, en concreto, que la gran mayoría de quienes se han implicado en alguna organización terrorista de las activas en sociedades industriales avanzadas son varones, solteros, veinteañeros en el momento de ser reclutados y procedentes de medios urbanos. Otras variables, como la clase social, resultan más diversificadas.

Aun cuando en la distribución por sexo de la militancia se observan notables variaciones de unas organizaciones clandestinas a otras, cabe afirmar que el terrorismo contemporáneo es un fenómeno predominantemente masculino. El hecho de que la gran mayoría de los terroristas y de sus víctimas sean varones ha sido interpretado como evidencia de una mayor propensión de los hombres hacia el comportamiento agresivo, rasgo tan universal como para que resulte cabal atribuirle alguna base biológica (7). Pero esta circunstancia bien puede estar relacionada, tanto en lo que atañe a la militancia terrorista como respecto a cualquier otra forma de implicación política, con determinados estreñimientos estructurales y ciertos patrones culturales referidos a la división de papeles en la vida pública según el género. Así, aquellos grupos armados procedentes de segmentos sociales en los cuales la población femenina queda más bien relegada al ámbito privado de lo familiar y donde han venido prevaleciendo fuertes actitudes patriarcales, suelen registrar entre sus activistas una proporción de mujeres significativamente menor que la propia de organizaciones clandestinas formadas en el contexto de entornos más igualitarios. Se estima, por ejemplo, que en las organizaciones violentas surgidas en los años sesenta y setenta a partir de movimientos nacionalistas como el vasco o el puertorriqueño, las mujeres han constituido tan sólo entre el 7 y el 10 por 100 de la militancia. A modo de contraste, los datos relativos a terroristas alemanes y estadounidenses de extrema izquierda, reclutados durante ese mismo período de tiempo, indican que en una cuarta parte correspondían a activistas de sexo femenino. Lo cual no parece ocurrir, sin embargo, en el caso de los grupos armados ultraderechistas, emanados generalmente de subculturas caracterizadas por idearios muy conservadores, en los que la presencia de mujeres es por término medio tres veces inferior a la anteriormente mencionada. Una diferencia vinculada sin duda con el significado que los dispares sistemas de creencias subyacentes a tan opuestas movilizaciones colectivas atribuyen a las relaciones entre personas de distinto sexo y probablemente también con el tamaño de los grupos armados (8). De cualquier manera, las mujeres encua-

---

(6) PETER WALDMANN: «Ethnic and sociorevolutionary terrorism: a comparison of structures», *International Social Movement Research*, vol. 4, 1992, págs. 237-257.

(7) Acerca de las investigaciones sobre diferencias en la conducta agresiva según el sexo, véase ELEANOR E. MACCOBY y CAROL N. JACKLIN: *The psychology of sex differences*, Stanford University Press, Stanford, California, 1974, capítulo 7; una perspectiva feminista que argumenta sobre la escasa proclividad de las mujeres hacia conductas destructivas y tanáticas es la de ROBIN MORGAN: *The demon lover. On the sexuality of terrorism*, Norton and Company, Nueva York y Londres, 1989.

(8) DANIEL E. GEORGES-ABEYIE: «Women as terrorists», págs. 260-266 en WALTER LAQUEUR y YONAH ALEXANDER (eds.): *The terrorism reader*, Meridian, Nueva York, 1987; MIKE BENSON, MARIAH

dradas como militantes en las variadas organizaciones terroristas conocidas dentro de las sociedades industriales avanzadas han conformado, salvo raras excepciones, una minoría cuya intervención directa en funciones dirigentes o acciones violentas es poco frecuente y a la que sus correligionarios varones suelen encomendar, debido no sólo a probables prejuicios sexistas sino también a imperativos de eficacia, tareas de mantenimiento o recogida de información.

En otro sentido, los miembros de las organizaciones terroristas contemporáneas tienen por lo común entre veintiuno y veinticinco años cuando formalizan su ingreso en el ambiente clandestino, habitualmente tras un período previo como colaboradores o simpatizantes ubicados en círculos afines. Lo cual parece reflejar, en principio, una mayor disponibilidad para la militancia en organizaciones terroristas de quienes son jóvenes, en términos no sólo de tiempo sino también de responsabilidades personales. Quizá refleja también algunas cualidades propias de la mentalidad adolescente, estadio psicológicamente distintivo del desarrollo personal, muy vulnerable al reclamo de formas de vida y prácticas políticas que combinan el atractivo de la aventura con un afán por transformar radicalmente la realidad social (9). Considerada desde una óptica antropológica, la voluntad de aterrorizar mediante el ejercicio de la violencia resulta ser, en el pasado como en el presente, producto de la *hybris* juvenil, de la falta de medida a que es propensa la edad que sigue a la niñez y antecede a la plena incorporación de los individuos en la sociedad adulta (10). Los antropólogos de campo del siglo pasado encontraron, en comunidades primitivas, numerosos ejemplos de asociaciones masculinas juveniles que hacían sentir un control terrorífico en su entorno social, utilizando el secreto como principio, al igual que las máscaras y distintas fórmulas rituales como expresiones de ese secreto (11). Procedimientos que se dejan sentir también en la actualidad y en sociedades mucho más complejas. De hecho, los terroristas de nuestro tiempo no proceden tanto de zonas rurales como, en su gran mayoría, de áreas urbanas e incluso metropolitanas, donde nacieron o de las que han sido residentes durante largo tiempo. Junto a ello, la dedicación total a la causa y los riesgos colaterales que sin duda entraña dificultan simultáneamente el compromiso militante con otras responsabilidades familiares y tienden a dictar, en general, un estado de soltería para quienes ingresan y permanecen como militantes en organizaciones terroristas.

De particular interés resulta contrastar las hipótesis que sugieren alguna relación entre activismo violento y clase social. Es decir, evaluar si el terrorismo puede ser considerado como expresión de lo que ha sido llamado radicalismo de clase me-

---

EVANS y RITA SIMON: «Women as political terrorists», *Research in Law, Deviance and Social Control*, vol. 4, 1982, págs. 121-130.

(9) JEAN PIAGET: *Six psychological studies*, Random House, Nueva York: 1967, págs. 68 y 69; RICHARD G. BRAUNGART y MARGARET M. BRAUNGART: «From protest to terrorism: the case of SDS and the Weathermen», *International Social Movement Research*, vol. 4, 1992, págs. 45-78.

(10) JULIO CARO BAROJA: *Terror y terrorismo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1989, pág. 32.

(11) Para una revisión de dicha literatura véase JULIO CARO BAROJA: *op cit.*, págs. 51-62.

dia (12). O, alternativamente, si se adecua mejor a una proposición, elaborada inicialmente en los dominios de la criminología, según la cual la desviación violenta es aceptada con mayor facilidad en los estratos inferiores de la sociedad (13). En general, politólogos y sociólogos han dado por hecho que los terroristas suelen proceder de clases más bien acomodadas y no tanto de familias con escasos medios económicos. Pero los datos existentes a este respecto, que permiten establecer la clase social a que pertenecen los militantes en función de su familia originaria o del *status* ocupacional anterior al ingreso en la clandestinidad, parecen revelar dos pautas diferenciadas y relativamente independientes de la orientación ideológica adoptada por las distintas organizaciones terroristas. Por una parte, las capas medias de la sociedad, dotadas además de un elevado nivel educativo, constituyen el segmento del cual procede la mayor parte de los activistas pertenecientes a relevantes grupos armados proactivos que, en comparación con otros más exitosos, alcanzaron menores cotas de movilización, como ocurrió con la alemana Fracción del Ejército Rojo, el Weather Underground estadounidense, el Ejército Rojo japonés, el Frente de Liberación de Quebec o Los Macheteros puertorriqueños. Esos mismos sectores sociales son también de los que se han nutrido, preferentemente, las facciones más agresivas del neofascismo italiano.

Por otra parte, el porcentaje de militantes extraídos de entre las clases trabajadoras, con un nivel educativo generalmente más bajo, predomina en aquellas organizaciones terroristas que han mantenido su actividad durante un periodo más prolongado y con una importante provisión de recursos, cual es el caso del Ejército Republicano Irlandés Provisional y los lealistas Luchadores por la Libertad del Ulster, ETA en su conjunto, o incluso las Brigadas Rojas italianas. También resulta mayoritario en los diversos grupos norteamericanos de la extrema derecha armada y antigubernamental. Diríase, en suma, que los militantes de las organizaciones terroristas suelen reflejar la situación socioeconómica del segmento de la población en cuyo seno se observa el conflicto cuya dinámica ha dado lugar a la expresión violenta que ellos protagonizan, siendo variados los lugares de extracción cuando existe superposición de antagonismos. No parece menos plausible, sin embargo, considerar que la elevada presencia de activistas provenientes de los estratos medios ascendentes sea un rasgo bastante común al conjunto de las organizaciones terroristas durante los estadios iniciales de su trayectoria clandestina, cuando destaca en ellas la presencia de jóvenes emprendedores políticos con estudios universitarios que racionalizan y justifican, como método para afectar la distribución del poder, una violencia

---

(12) FRANK PARKIN: *Middle class radicalism*, Manchester University Press, Manchester, 1968. IRVING L. HOROWITZ elaboró la hipótesis que vincula al terrorismo con las clases medias en «Political terrorism and state power», *Journal of Political and Military Sociology*, vol. 1, 1973, págs. 147-157.

(13) MARVIN E. WOLFGANG y FRANCO FERRACUTI: *The subculture of violence. Towards an integrated theory in criminology*, Tavistock, Londres, 1967. Para la aplicación de dicha hipótesis al estudio del radicalismo étnico véase PETER WALDMANN: *Radicalismo étnico. Análisis comparado de las causas y efectos en conflictos étnicos violentos*, Akal, Madrid, 1997.

practicada luego, si la insurgencia se prolonga lo suficiente, sobre todo por activistas de extracción obrera. De esta manera, sólo los grupos armados clandestinos que consiguen atraer para sí la adhesión de colectivos ubicados en ámbitos de las clases trabajadoras, o que desde el principio cuentan con ellos entre su base social, logran mantener el potencial de movilización habitualmente necesario para perpetuarse a lo largo del tiempo (14). Entre las condiciones que facilitan un eventual desbordamiento interclasista del radicalismo político destacan los antecedentes históricos, la quiebra efectiva del liderazgo ejercido por las capas superiores de la sociedad y otras circunstancias excepcionales, como vivencias prolongadas de represión indiscriminada susceptibles de desbaratar aquiescencias populares previamente existentes.

Los criterios que vinculan la militancia en organizaciones terroristas a las características sociales y demográficas de quienes en ellas se implican son, sin duda, muy interesantes. Pero, en la medida en que suelen corresponder a las de segmentos muy amplios de la población, resultan insuficientes para contribuir a explicar por qué una persona, al margen de su posición social, se adhiere a dichas formaciones clandestinas. Aunque la mayoría de los terroristas considerados proviniera de categorías perfectamente identificables, la mayor parte de las personas a quienes corresponden esos mismos rasgos estructurales no participan ni han participado en organizaciones terroristas. ¿Cómo explicar, pues, el comportamiento de los relativamente pocos que sí lo hacen? A fin de hacer avanzar el conocimiento, el análisis ha de centrar su atención en las experiencias previas y los procesos sociales que han llevado hasta la militancia en organizaciones terroristas a cierto agregado de individuos, muchos de ellos con perfiles demográficos y sociales definidos. Ahondar en la indagación requiere, en concreto, atender a las experiencias previas de socialización política, los acontecimientos que determinan las diversas motivaciones para el terrorismo y los contactos interpersonales que, dado lo anterior, hacen efectivo el arriesgado compromiso militante.

#### IV. EXPERIENCIAS PREVIAS DE SOCIALIZACIÓN POLÍTICA

La investigación precedente sobre participación en organizaciones políticas clandestinas ha subrayado la importancia de distintos antecedentes de socialización primaria y secundaria, con referencia especial a la experiencia previa de activismo, en tanto que factores cuya influencia puede afectar decisivamente la predisposición hacia la militancia de quienes se ubican en ciertos segmentos de la población (15). Se estima que, a lo largo del ciclo vital individual, el período más sensible a la transmisión de tales influjos culturales está situado en torno a los diecisiete años de

---

(14) A este respecto, PETER WALDMANN: *Radicalismo étnico. Análisis comparado de las causas y efectos en conflictos étnicos violentos*, op. cit., especialmente capítulos II a VI.

(15) JOSÉ M. MARAVALL: *Dictatorship and political dissent. Workers and students in Franco's Spain*, Tavistock, Londres, 1978.

edad. En este sentido, asumiendo una cierta continuidad ideológica entre generaciones próximas o contiguas, los teóricos de la socialización política insisten en que las estructuras y relaciones familiares afectan el desarrollo de las actitudes, proporcionando así una clave fundamental para entender la génesis de creencias y comportamientos políticos (16). Salvo en el caso de los miembros activos en grupos violentos alemanes de extrema izquierda, muchos de quienes parecen haber acusado durante su infancia la ausencia física o emocional del padre (17), poca evidencia ha podido ser reunida a la hora de establecer ligámenes entre la militancia terrorista y disfunciones familiares concretas o relaciones paternofiliales autoritarias, que en cualquier caso no explicarían adecuadamente una eventual relación entre tales problemas infantiles y la violencia juvenil de rasgos políticos. Las investigaciones sobre el terror nazi a inicios de los años treinta, antes de producirse la toma del poder por parte de quienes aspiraban a ejercerlo totalitariamente, resultan de particular interés al haber puesto de manifiesto cómo, entre los miembros de las secciones paramilitares que lo practicaban, había muchos jóvenes caracterizados por un amplio historial de interacciones agresivas con compañeros de escuela o trabajo, vecinos, familiares y la propia policía (18). Este hecho sugiere que hay casos en los cuales una disposición hostil hacia el entorno, genérica y largo tiempo sostenida, puede llegar a ideologizarse en el seno de grupos donde muchachos inadaptados encuentran un medio de autoafirmación hasta entonces desconocido para ellos. Haciendo uso de entrevistas individuales en profundidad, algunos estudios han indicado por otra parte que, lejos de entrar en conflicto con los valores paternos, el compromiso de los jóvenes activistas refleja a menudo una conexión ininterrumpida con la tradición política de sus familias. Es frecuente, por ejemplo, que los miembros de las organizaciones terroristas italianas de extrema izquierda procedan de familias con una fuerte tradición izquierdista (19). En el caso de ETA, gran parte de cuyos miembros proviene de ambientes vascos autóctonos, las tradiciones políticas familiares de signo nacionalista sobresaldrían por encima de otras. No parece haber ocurrido algo similar en la socialización de los terroristas alemanes de extrema izquierda, que en una elevada proporción abrazaron un ideario marxista leninista en abierta y deliberada contraposición al nazismo sostenido con anterioridad por muchos de sus progenitores.

A menudo se vincula también la participación individual en organizaciones terroristas a la interiorización de un peculiar rigor moral, adquirido durante los años de la niñez o de la adolescencia, en ambientes caracterizados por una fuerte religiosidad. Los datos referidos a la violencia de extrema derecha desplegada en los

---

(16) RICHARD DAWSON; KENNETH PREWITT y KAREN S. DAWSON: *Political socialization*, Little, Brown and Company, Boston y Toronto, 1977.

(17) G. SCHMIDTCHEN: «Terroristische Karrieren», págs. 14-77 en H. JAEGER, G. SCHMIDTCHEN y L. SUELLWOLD (eds.): *Analysen zum Terrorismus: Lebenslaufanalysen*, Westdeutscher Verlag, Opladen, 1981.

(18) Sobre este tema, véanse, PETER H. MERKL: *The making of a Stormtrooper*, Princeton University Press, Princeton, 1980, págs. 194-203.

(19) DONATELLA DELLA PORTA, *Il terrorismo di sinistra*, op. cit., pág. 135.

Estados Unidos de América a lo largo de las pasadas dos décadas parecen corroborar dicha hipótesis. No en vano, todos los procesados durante los años ochenta por actividades terroristas en este sentido eran personas estrechamente ligadas al llamado Movimiento de Identidad Cristiana, elenco de congregaciones locales y otras entidades fundamentalistas a las cuales es común una teología de nítidos componentes racistas y antisemitas (20). Sin embargo, la misma proposición carece de suficiente evidencia confirmatoria en otros casos, como ocurre con las formaciones clandestinas de extrema izquierda en Italia, donde sobresalen los activistas con educación laica y contacto poco intenso con entidades católicas (21). El hecho de que este tipo de contactos hayan resultado más frecuentes y de mayor grado entre militantes de ETA, muchos de los cuales tienen antecedentes educativos de orientación religiosa y una parte significativa de ellos incluso prolongadas permanencias como seminaristas, si bien en el momento de ingresar en la clandestinidad fueran pocos los que permanecían formalmente vinculados a entidades confesionales, ha permitido una interpretación adicional. Inspirada, en esta ocasión, por razonamientos antropológicos según los cuales la violencia es algo consustancial al ser humano que el hecho religioso transfiere en parte al orden de lo sagrado para, mediante la inmolación de víctimas propiciatorias, desviar y limitar sus objetivos comunitariamente más peligrosos (22).

Así, cuando pueblos de culturas predominantemente religiosas, cual es el vasconavarro con su arraigado catolicismo particularista, han vivido un rápido e incompleto proceso de secularización desencadenado por acelerados cambios económicos, es probable que en el entendimiento de adolescentes primero piadosos y rápidamente luego descreídos, entre otros segmentos de la población singularmente afectados durante algún tiempo por este desfase, la impronta de lo sagrado se transfiera inconscientemente desde el ámbito de la deidad al plano de aspiraciones como la independencia nacional y métodos violentos como el terrorismo (23). Acaso resulte más acertado, sin embargo, interpretar esta supuesta relación entre socialización religiosa y militancia terrorista en otros términos más asequibles. De un lado, enfatizando que los idearios de algunas sectas integristas justifican abiertamente el desafío armado contra autoridades gubernamentales y adversarios políticos a quienes se considera infieles o renegados (24). De otro lado, subrayando el hecho de que las

---

(20) BRENT L. SMITH: *Terrorism in America*, op. cit., capítulos 3-5. Sobre las creencias religiosas que sustentan ideológicamente a la extrema derecha norteamericana véase también BRUCE HOFFMAN: *The contrasting ethical foundations of terrorism in the 1980s*, The Rand Corporation, Santa Monica, California, 1988.

(21) DONATELLA DELLA PORTA: *Il terrorismo di sinistra*, op. cit., pág. 135.

(22) RENÉ GIRARD: *La violence et le sacré*, Grasset, Paris, 1972.

(23) JOSÉ L. LÓPEZ ARANGUREN: «El terrorismo como secularización de la violencia religiosa», págs. 71-78 en FERNANDO REINARES (ed.): *Terrorismo y sociedad democrática*, Akal, Madrid, 1982.

(24) La justificación religiosa del terrorismo ha sido estudiada por DAVID C. RAPOPORT en «Fear and trembling: terrorism in three religious traditions», *American Political Science Review*, vol. 78, 1984, págs. 658-677; del mismo autor, «Terror and the Messiah: an ancient experience and some modern parallels»,

parroquias, los conventos y otros lugares de culto han constituido, en contextos sociales donde es muy notorio el influjo de instituciones eclesiásticas y sobre todo en ausencia de una esfera pública diversificada, espacios autónomos en los cuales han tenido lugar, no necesariamente con el concurso directo del clero, procesos de movilización colectiva radicalizados hasta el punto de generar violencia.

Entre otras experiencias adolescentes de socialización política a considerar con respecto a quienes luego ingresaron en organizaciones terroristas se encuentran también las lecturas influyentes. Frantz Fanon, con su obra *Les damnés de la terre* (25), mezcla de furibundo alegato contra el colonialismo y apología de la violencia revolucionaria en tanto que mecanismo liberador a través del cual los países subdesarrollados del ámbito tercermundista podían erigirse como naciones independientes, constituye una referencia frecuentemente evocada por militantes de distintos grupos armados separatistas formados hacia finales de los sesenta e inicios de los setenta en las, sin embargo, bien distintas sociedades del mundo industrializado. Ejerció una extraordinaria influencia, por ejemplo, sobre los activistas del Frente de Liberación de Quebec, combinado eso sí con algunos otros textos (26). Los terroristas de extrema izquierda suelen referirse, en sus relatos autobiográficos, a escritos que presentan doctrinas de la violencia y plantean estrategias de insurgencia armada. *Guerra de guerrillas*, del Che Guevara, fue la primera lectura política confesada por un destacado miembro de la organización clandestina alemana Movimiento Dos de Junio, a la que se añadieron luego distintos panfletos anarquistas y, como resultaba habitual entre sus correligionarios nacionales o extranjeros de la misma época, escuetas publicaciones de contenidos marxistas (27). Estos y otros textos resultaban coherentes con los regímenes políticos, organizaciones armadas y mitos revolucionarios que servían de modelo a tantos terroristas insurgentes, europeos y norteamericanos, desde el final de los años sesenta hasta bien entrada la década de los ochenta (28). Por su parte, la literatura de contenidos racistas y antisemitas, de exaltación patriótica también, es genéricamente propia de quienes han tomado parte en organizaciones terroristas de extrema derecha dentro de las sociedades industriales avanzadas, aunque cada ámbito dispone de sus autores más significativos y, por ejemplo, el carácter

---

págs. 13-42 en DAVID C. RAPOPORT and YONAH ALEXANDER (eds.): *The morality of terrorism: religious and secular justifications*, Columbia University Press, Nueva York, 1989.

(25) En su edición original en lengua francesa, el libro data de 1961. Una versión castellana es *Los condenados de la tierra*, Aquí y Ahora, Montevideo, 1972.

(26) MARC LAURENDEAU: *Les Québécois violents: la violence politique, 1962-1972*. *op. cit.*, págs. 121 y 122.

(27) BOMMI BAUMANN: *Tupamaros Berlin-ouest*, Les Presses d'Aujourd'hui, Mayenne, 1976, pág. 47. Este libro, en el que su autor relata la trayectoria personal que le condujo al terrorismo, apareció en lengua francesa tras haber sido prohibida la edición alemana original.

(28) Resulta de interés, como documento histórico al menos, la antología que, con el título *Guerrilla*, fue publicada en 1978 por Ediciones Ricou, de Barcelona. Incluye, entre otras ilustrativas evocaciones de los aludidos regímenes, organizaciones y mitos, textos de Mao Tse-Tung, Lin Piao, Che Guevara, Régis Debray, Carlos Marighella, Abraham Guillén o Amílcar Cabral.

vigorosamente estatista del pensamiento ultraconservador europeo contrasta con el norteamericano. Los militantes neofascistas italianos fundamentaron buena parte de su práctica violenta en escritos tradicionalistas de autores como Julius Evola primero y Giorgio Freda después, para quienes tanto el régimen democrático como las ideologías del liberalismo o el socialismo manifiestan la decadencia del espíritu moderno, una perversión sólo evitable mediante el retorno a los valores característicos de sociedades orgánicas, jerarquizadas y viriles, fuertemente estatalizadas y cuyo liderazgo ideal sería algo semejante a una casta compuesta por guerreros (29).

Resultaría equivocado, de cualquier manera, exagerar la importancia que las lecturas previas han tenido durante el proceso de socialización política típico de quienes se han convertido en terroristas de uno u otro signo. Aunque la gran mayoría de cuantos deciden implicarse en organizaciones armadas clandestinas son individuos dotados de orientaciones definidas con respecto a las relaciones de poder existentes en una sociedad, sus fundamentos cognitivos proceden sobre todo de la información que discurre dentro de la subcultura política en que se encuentran insertos. Más concretamente, en el marco de los grupos políticos legales o tolerados a que hayan pertenecido antes de optar por la clandestinidad. La investigación sobre movimientos sociales son concluyentes precisamente al señalar la participación individual previa en otras asociaciones de tipo político como dato clave que vaticina una implicación posterior y más comprometida. En el caso de los terroristas italianos de extrema derecha que ingresaron en algún grupo armado a finales de los setenta, por ejemplo, se estima que más del 80 por 100 habían sido con anterioridad miembros de pequeños colectivos agregados en torno a revistas de debate político, círculos del proletariado juvenil o pequeños comités creados en las barriadas populares de las grandes ciudades (30). En suma, ambientes de intensa interacción recíproca y relativamente aislados del entorno, en los que la aparición o el reforzamiento de ligámenes afectivos basados en relaciones de amistad incrementa el valor asignado a la acción colectiva y convierte a los compañeros de actividad en el grupo de iguales más influyente a efectos de la socialización política. Más aún, durante dicha implicación previa es cuando suelen ocurrir los encuentros agresivos con adversarios políticos o agencias estatales de seguridad cuya experiencia directa, que opera estimulando la aceptación de repertorios más radicalizados de activismo y convirtiendo al ejercicio de la violencia en la máxima expresión del compromiso político, es asimismo característica de las personas posteriormente reclutadas por organizaciones terroristas. De este modo, con frecuencia en circunstancias de disturbios calle-

---

(29) Algunas obras significativas de tales autores son las siguientes: JULIUS EVOLA: *Il mito del sangue*, Editore Hoepli, Milán, 1942; GIORGIO FREDA: *La disintegrazione del sistema*, Edizioni AR, Padua, 1969. Sobre el desarrollo de tales idearios véase el análisis de Franco Ferraresi en «Da Evola a Freda: le dottrine della destra radicale fino al 1977», págs. 13-14 en FRANCO FERRARESI (ed.): *La destra radicale*, Feltrinelli, Milán, 1984.

(30) DONATELLA DELLA PORTA. *Il terrorismo di sinistra. op. cit.*, pág. 156.

jeros, es como parece desarrollarse un cierto aprendizaje social de la violencia (31). Así pues, la influencia que sobre las predisposiciones individuales basadas en la posición social tienen destacadas experiencias de socialización política ayuda a clarificar por qué unas personas y no otras tienden a ingresar en organizaciones armadas clandestinas. Pero la exploración ha de proceder analizando, más concretamente, las motivaciones que determinan la opción individual por una militancia de rasgos terroristas, así como el propio proceso de reclutamiento.

## V. MOTIVACIONES INDIVIDUALES PARA LA MILITANCIA

Aunque fundamentales para interpretar la militancia individual en organizaciones terroristas, sus motivaciones constituyen un tema difícil de aprehender. Sabemos, en cualquier caso, que la mera presencia de preferencias públicas compartidas por una determinada colectividad de personas no es condición necesaria y al mismo tiempo suficiente para producir actividades mancomunadas conducentes a promoverlas (32). Pero también que, de acuerdo con sólidas investigaciones recientes, los objetivos políticos son de particular relevancia para inducir a la participación individual precisamente en organizaciones que tratan de afectar la distribución del poder en una sociedad dada, al margen de los medios propugnados para ello, aunque el reclamo de tales intereses públicos aparezca combinado, en proporciones variables, con otras motivaciones basadas en criterios de índole afectiva, elección racional o conformidad normativa (33). De este modo, la adhesión a unos fines políticos, incluso maximalistas en sus planteamientos, raramente explica por sí misma la decisión individual de convertirse en miembro de un grupo terrorista. Hay, ciertamente, idearios cuyos ingredientes constitutivos los hacen más proclives que otros a estimular comportamientos radicalizados y violentos, como se ha subrayado en concreto respecto a las actitudes propias de los nacionalismos excluyentes (34). Sin embargo, quepa recordarlo, el terrorismo denota no tanto un extremismo de los fines como de los medios (35). Así, para mejor explorar los motivos que inducen a la participación en organizaciones terroristas cabe operacionalizar dos series básicas de hipótesis derivadas de sendas teorizaciones sobre protesta social en general y vio-

---

(31) ALBERT BANDURA: *Aggression: a social learning analysis*, Prentice Hall, Englewood Cliffs: Nueva Jersey, 1973.

(32) MANCUR OLSON: *The logic of collective action. Public goods and the theory of groups*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1965.

(33) DAVID KNOKE: *Organizing for collective action. The political economies of associations*, Aldine de Gruyter, Nueva York, 1990.

(34) Véase KENNETH W. GRUNDY y MICHAEL A. WEINSTEIN: *The ideologies of violence*. Charles E. Merrill, Columbus, Ohio, 1974; ANDRÉS DE BLAS: *Nacionalismo e ideologías políticas contemporáneas*, Espasa Calpe, Madrid, 1984.

(35) ALEX P. SCHMID: «Terrorism and related concepts: definition», en ALEX P. SCHMID y otros: *Political terrorism*, North Holland Publishing Company, Amsterdam, 1988, pág. 14.

lencia colectiva en particular. Perspectivas que parten de visiones divergentes acerca de la sociedad en su conjunto (36). Mientras una la concibe como conjunto esencialmente ordenado en cuyo marco cualquier violencia resulta algo anómalo y patológico, otra subraya que el conflicto es ubicuo e inherente a la vida social, por lo que existiría continuidad, en lugar de ruptura, entre formas pacíficas y agresivas de acción colectiva.

El primero de los aludidos elencos de hipótesis realza la importancia de estados emocionales como el descontento o la frustración. Estados emocionales derivados bien sea de cambios macroestructurales que afectan súbita y adversamente al bienestar de un individuo, bien de situaciones que son percibidas por determinadas personas como una violación de sus estándares interiorizados de justicia. Una versión sugiere, en concreto, la mayor proclividad a implicarse en actividades de violencia y terrorismo entre quienes experimentan *privación relativa* (37). Es decir, entre quienes perciben, tras un período de expectativas crecientes respecto a determinado objetivo, privado o público, un brusco alejamiento de la realidad manifiesta en relación a la realidad anticipada. El modo en que dichas actitudes se politizan, de manera que las autoridades estatales o algún otro actor relevante en la contienda por el poder acaban siendo culpados como agentes causales del malestar, no queda suficientemente claro en los escritos de esta corriente teórica. De hecho, las elaboraciones llevadas a cabo dentro de dicha línea de pensamiento se centran por lo común en variaciones de parámetros económicos, argumentando que existe relación entre algunas consecuencias del desarrollo y los niveles de violencia colectiva. En cualquier caso, nada impide que las frustraciones puedan estar relacionadas tanto con determinadas aspiraciones socioeconómicas de carácter privado como con elevadas expectativas políticas. Incluso la probabilidad de que los individuos se inclinen hacia comportamientos políticos agresivos como el terrorista será probablemente mayor en la medida en que sufran un estado animico de ira ocasionado al mismo tiempo por frustraciones referidas en el ámbito de lo privado a sus condiciones materiales de vida y en la esfera de lo público a esperanzas no satisfechas de cambios en la estructura del poder.

Así, por ejemplo, el terrorismo de extrema izquierda que se hizo sentir con especial notoriedad en distintos países europeos y norteamericanos desde el final de los años sesenta hasta incluso entrados los ochenta ha sido parcialmente interpretado, en sus orígenes, como resultado de una mezcla entre esperanza y desesperación

---

(36) HARRY ECKSTEIN: «Theoretical approaches to explaining collective political violence», págs. 135-166 en TED R. GURR (ed.): *Handbook of political conflict*, Free Press, Nueva York, 1980.

(37) JAMES C. DAVIES: «Toward a theory of revolution», *American Sociological Review* vol. 27, 1962, págs. 5-19; TED R. GURR: *Why men rebel*, Princeton University Press, Princeton, 1970; IVO K. FEIERABEND, ROSALIND L. FEIERABEND y BETTY NESVOLD: «Social change and political violence: cross national patterns», págs. 632-681, en HUGH D. GRAHAM y TED R. GURR (eds.): *The history of violence in America*, Praeger, Nueva York, 1970.

experimentada entonces por algunos sectores de la juventud (38). Esperanza de que se produjeran transformaciones sistémicas radicales, como parecían anticipar las masivas y sostenidas movilizaciones precedentes en contra de la manera en que se venían ejerciendo las tareas políticas y la gestión de los asuntos públicos. Desesperación surgida tras la rápida decadencia, debida al efecto combinado de la represión estatal y las medidas gubernamentales de reforma, de los movimientos sociales que habían conducido las multitudinarias expresiones de protesta durante la década de lo sesenta. El terrorismo resultó más intenso y duradero donde todo ello coincidió con el descontento adicional sentido por jóvenes, en su mayoría bien educados, quienes se vieron obligados a aceptar ocupaciones marginales o convertirse en desempleados una vez que el crecimiento industrial registrado durante los años cincuenta fue sustituido, avanzado el decenio siguiente, por una coyuntura de estancamiento económico.

El segundo de los supuestos anteriormente mencionados sostiene, por su parte, que las personas tenderán a albergar sentimientos de cólera y rebelarse contra una autoridad establecida en la medida en que ésta fracase en hacer avanzar objetivos compartidos por el conjunto de la sociedad y, sobre todo, en controlar los instrumentos coercitivos de que dispone para forzar la obediencia de los gobernados, de manera tal que los individuos afectados definan como una injusticia la situación (39). Así, en ausencia de factores sociales o culturales capaces de promover el sometimiento aquiescente, es probable que la apreciación de un prolongado estado de injusticia, en el que los agravios derivados de prácticas discriminatorias o represivas tienden a acumularse de manera gradual, estimule por sí misma la decisión individual de tomar parte en movilizaciones de protesta violenta. Ahora bien, dicha probabilidad se incrementaría muy significativamente cuando algún castigo infligido por las autoridades viola normas ampliamente interiorizadas entre su población subordinada, tiene lugar de acuerdo con reglas que la gente ha dejado de considerar válidas o, simplemente, desatiende al respeto que merecen los seres humanos por su condición de tales. En cualquiera de estos supuestos, que aluden más bien a incidentes críticos o agravios sobrevenidos de manera repentina, el maltrato indebidamente deparado por parte de agencias oficiales puede ocasionar indignación moral y revulsión entre las víctimas, ya sea porque lo perciben como inmerecido o excesivamente severo, o por ambas razones a la vez.

Rabia y venganza parecerían entonces como importantes motivaciones emocionales para tomar parte en actividades de represalia mediante las cuales reafirmar la dignidad individual y colectiva de cuantos se han visto afectados por los abusos de la autoridad. De hecho, una persona que experimente aflicción como consecuencia de interacciones tan ofensivas como las señaladas puede decidir alterar los términos

---

(38) RICHARD E. RUBENSTEIN: *Alchemists of revolution. Terrorism in the modern world*, Basic Books, Nueva York, 1987.

(39) BARRINGTON MOORE: *Injustice. The social bases of obedience and revolt*, Macmillan, Londres: 1979.

en que fundamenta sus relaciones de intercambio social y mostrarse eventualmente dispuesto a diferir, al menos temporalmente, gratificaciones derivadas de otras posibles vivencias para revolverse primero contra el origen de su tormento (40). Cabe señalar, a este respecto, que los efectos del acoso policial o los malos tratos deparados por las agencias estatales dedicadas al mantenimiento del orden público y la seguridad ciudadana han sido considerados factores muy importantes, en el caso norirlandés, a la hora de inducir el apoyo popular a los provisionales del IRA o la participación consciente en dicha organización terrorista de jóvenes católicos a quienes espolean para ello sus acendrados sentimientos de odio y resentimiento hacia las fuerzas policiales o los soldados de obediencia británica (41). La difusión de estas circunstancias entre los miembros de una colectividad produce o agudiza graves problemas en la legitimación de las instituciones estatales, deficiencias bajo las cuales se desarrollan con mayor facilidad movimientos contrarios al orden político existente y formas insurgentes de violencia civil.

Pero la decisión individual de aceptar el ingreso en una organización terrorista puede no estar influida por pasiones humanas de signo negativo sino también, sorprendentemente, por emociones que tienen una cualidad experiencial más positiva. En concreto, algunos sentimientos hacia familiares próximos o amigos a punto de ser captados por un grupo armado clandestino, cuando no ya inmersos en la ilegalidad misma, tienen capacidad suficiente para determinar las opciones personales, añadiendo consideraciones de índole afectiva a otros motivos presentes o incidiendo incluso al margen de los objetivos políticos declarados y hasta de los métodos empleados por un grupo terrorista. De aquí la importancia que las redes sociales basadas en la amistad o el parentesco tienen en el proceso de reclutamiento. Así, por ejemplo, en base al fundado supuesto de que los varones son especialmente propensos a protagonizar conductas violentas y a la evidencia de que las mujeres constituyen una minoría en el seno de las organizaciones armadas clandestinas conocidas, se ha formulado una interesante hipótesis (42). De acuerdo con ella, los hombres implicados en actividades terroristas suelen hacerlo motivados por el afán de conseguir ciertos objetivos políticos, mientras que las mujeres tienden a comprometerse de manera más bien descreída, movidas ante todo por el deseo de ser aceptadas y queridas por algún varón ya militante, que es quien las incita al ingreso y procede a su captación efectiva.

Una perspectiva teórica alternativa, que corresponde a la segunda serie de hipótesis enunciadas al inicio de este epígrafe, tiende a minimizar el impacto de estados emocionales como los hasta aquí aludidos. Insiste, por el contrario, en que quienes se implican en movimientos de protesta o acciones colectivas desbaratadoras no son

---

(40) GEORGE C. HOMANS: *Social behavior: its elementary forms*. edición revisada, Harcourt, Brace and Jovanovich, Nueva York: 1974, pág. 241.

(41) ROBERT W. WHITE: «From peaceful protest to guerrilla war: micromobilization of the Provisional Irish Republican Army», *American Journal of Sociology*, vol. 94, 1989, págs. 1277-1302.

(42) ROBIN MORGAN: *The demon lover. On the sexuality of terrorism*. op. cit., pág. 33.

personas que alivian así tensiones inducidas o cuyo comportamiento está determinado por pasiones varias, sino individuos motivados básicamente por los mismos factores que promueven la participación política de rango institucional y más convencional. Es decir, asume que la participación en formas de violencia colectiva, sean cuales fueren sus características, obedece a criterios de racionalidad, al hecho de que se sopesan posibles cursos de acción, optando por el que parece más conveniente o eficaz (43). Racionalidad que puede consistir en una estimación personal sobre lo adecuado de varios medios disponibles en relación a determinados fines de dimensión pública, cuyo eventual logro afectaría al conjunto de una sociedad, con su aquiescencia o sin ella. Ahora bien, como se ha apuntado anteriormente, la mera adhesión a unas aspiraciones políticas no suele explicar por sí sola la militancia terrorista. Pero en línea con lo sugerido desde teorizaciones sobre movimientos de protesta en general (44) y sin negar la importancia de los agravios, es posible conjeturar que quienes ingresan en una organización terrorista lo suelen hacer sólo tras percibir que los objetivos políticos ambicionados son alcanzables y una vez que llegan a considerar a la violencia como el método necesario o más eficaz para conseguirlos, de manera que si contribuye el suficiente número de personas dicha movilización concluirá victoriosamente. Estas expectativas de éxito atribuidas al terrorismo estarían sobre todo basadas en la percepción de campañas violentas con resultados favorables para sus protagonistas ocurridas en la propia sociedad o en escenarios foráneos a los que se considera homologables.

Hay también normas sociales que, a modo de hábitos consuetudinarios o en forma de ideologías políticas interiorizadas por una colectividad, aprueban el recurso a la protesta, eventualmente violenta, como medio para resolver conflictos políticos y pueden así coadyuvar en la opción por el terrorismo (45). Eso ocurre, de alguna manera, con la tradición irlandesa del asesinato político y la protesta en armas (46). En este sentido, quienes han pertenecido o pertenecen a ETA parecen asimismo haber interiorizado una suerte de mística belicosa fundada en la presunta secular resistencia de la original población vasca a la asimilación por parte de otros pueblos, cuyas manifestaciones tempranas se remontarían a tiempos inmemoriales

---

(43) ANTHONY OBERSCHELL: *Social conflict and social movements*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1973; CHARLES TILLY: *From mobilization to revolution*, Random House, Nueva York, 1978.

(44) BERT KLANDERMANS: «Mobilization and participation: social psychological expansions of resource mobilization theory», *American Sociological Review*, vol. 49, 1984, págs. 583-600.

(45) KARL D. OPP: *The rationality of political protest. A comparative analysis of rational choice theory*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1989.

(46) PETER ALTER: «Traditions of violence in the Irish national movement», págs. 137-154 en WOLFGANG J. MOMMSEN y GERHARD HIRSCHFELD (eds.): *Social protest, violence and terror in nineteenth and twentieth century Europe*, Macmillan, Londres y Basingstoke, 1982; TOM CORFE: «Political assassination in the Irish tradition», págs. 106-120 en YONAH ALEXANDER y ALAN O'DAY (eds.): *Terrorism in Ireland*, Croom Helm, Londres y Canberra, 1984; SEAN F. MORAN: «Patrick Pearse and patriotic soteriology: the Irish republican tradition and the sanctification of political self-immolation», págs. 9-28 en YONAH ALEXANDER y ALAN O'DAY (eds.): *The Irish terrorism experience*, Dartmouth, Aldershot, 1991.

para, una vez imaginadas las guerras carlistas en clave de liberación nacional, encontrar su continuidad reciente en los *gudaris* o improvisados soldados autóctonos que combatieron en la contienda civil española junto a las fuerzas republicanas (47). Junto a ello, pueden también existir normas que, en lugar de impedir la realización de actos impulsivos determinados por las pasiones, estipulen reglas de revancha o venganza, estableciendo las ocasiones y modalidades en que puede tratarse, no sin coste o riesgo propio, de imponer padecimiento sobre otros a quienes se tiene por causantes del menoscabo propio (48). Un caso particularmente ilustrativo es el de la *vendetta* corsa, mecanismo pautado para regular conflictos sociales que en el pasado se aplicaba sobre todo a las enemistades entre familias por cuestiones de honor y en nuestros días ha sido sutilmente transferido, junto a la dinámica de un sistema político élanista, al campo de las disputas nacionalistas (49). En el caso del Frente de Liberación Nacional de Córcega, explica la adopción por parte de las distintas facciones de dicha organización armada clandestina de un repertorio de actividades limitado y con características acomodadas a la naturaleza de la violencia que es secularmente aceptada por la mayor parte de quienes componen su sociedad de referencia.

Más típicamente, sin embargo, los criterios de racionalidad hacen referencia, en cualesquiera formas políticas de acción colectiva, al interés privado de quien decide sobre su propia implicación personal. En concreto, a la provisión de incentivos selectivos, es decir, divisibles y contingentes respecto a la participación misma (50). Así, distintos estudios sobre procesos revolucionarios han subrayado la importancia de las recompensas y los castigos para explicar por qué hay quienes se incorporan a las organizaciones insurgentes (51). Las recompensas materiales, por ejemplo, habitualmente pecuniarias o garantizadas de la subsistencia si el compromiso requerido es prolongado, corresponden a un terrorismo de carácter mercenario, como el atribuido a buena parte de quienes han pertenecido a los denominados Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL). Ciertamente que los potenciales terroristas pueden sentirse atraídos también por plausibles recompensas diferidas, como una posición ventajosa en el orden social o la entidad estatal que esperan ser fundados cuando culmine con éxito la insurgencia armada. Ahora bien, el activismo violento puede venir igualmente motivado por incentivos selectivos no materiales, como la adquisición del

---

(47) Sobre este mito etarra, al que se le atribuyen fundamentos milenaristas, véase JUAN ARANZADI: *Milenarismo vasco*, Taurus, Madrid, 1981, especialmente págs. 23-43.

(48) JON ELSTER: «Norms of revenge», *Ethics*, vol. 100, 1990, págs. 862-885.

(49) JOSÉ GIL: *La Corse entre la liberté et la terreur. Etude sur la dynamique des systèmes politiques corses*, La Différence, Paris, 1991, especialmente, especialmente págs. 145-150.

(50) BRUCE B. FIREMAN y WILLIAM GAMSON: «Utilitarian logic in the resource mobilization perspective», págs. 8-44, en MAYER N. ZALD y JOHN D. MCCARTHY (eds.): *The dynamics of social movement. Resource mobilization, social control and tactics*, Winthrop, Cambridge, Massachusetts, 1979.

(51) SAMUEL POPKIN: *The rational peasant. The political economy of rural society in Vietnam*, University of California Press, Berkeley, 1979; MICHAEL TAYLOR (ed.): *Rationality and revolution*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

honor o prestigio atribuidos a dicha militancia en el seno de una colectividad de referencia. Baste recordar que en muchas localidades vascas, especialmente hasta mediada la década de los ochenta, los miembros de ETA eran tenidos por héroes, los militantes muertos ensalzados como mártires en funerales rituales e incluso nombrados oficialmente hijos predilectos de su municipio natal.

Finalmente, la decisión de convertirse en terrorista puede venir motivada por el deseo de ser aceptado en algún entorno social capaz de conferir una precisa identidad colectiva, tal y como ha sido descrito con respecto a la participación en diversas formas de acción colectiva caracterizadas, en conjunto, por un cariz mucho más expresivo que instrumental (52). En este sentido, la adquisición de una identidad colectiva, en el marco de la cual reconocerse a sí mismo y ser reconocido por los demás, constituye un incentivo selectivo no material y el argumento es así consistente con las teorizaciones asentadas en criterios de racionalidad. Pero la fuerza motivacional de dicha identidad resulta asimismo compatible con el contenido explicativo de las hipótesis que enfatizan los aspectos más emocionales de la contribución individual a procesos de violencia política. No en vano, la afirmación de alguna identidad colectiva puede satisfacer una necesidad, una privación personal. Esta necesidad resultará particularmente apremiante cuando acontecen transformaciones estructurales de la suficiente envergadura como para generar incertidumbre o desconcierto en segmentos significativos de una determinada población. Cambios socioeconómicos acelerados, procesos políticos u otras mudanzas susceptibles de ocasionar estados relativamente generalizados de anomia que incrementan el potencial de violencia dirigida contra uno mismo, como en el suicidio, o contra otros, cual podría ser el caso del terrorismo.

Así, se ha vinculado la formación de organizaciones secretas dedicadas a la violencia con el debilitamiento no compensado de comunidades fuertemente cohesionadas por medio de vínculos primordiales (53). Al reflexionar sobre el caso italiano, algunos autores coinciden en apuntar que las inclinaciones hacia el terrorismo encontraron terreno abonado en el tránsito, abierto a fines de los cincuenta y extendido durante los sesenta, desde una sociedad predominantemente rural y tradicional a otra de masas, urbana e industrial, con secuelas como el desbaratamiento de sistemas de identificación precedente, de manera que en el seno de una subcultura política marxista vino a recuperarse como referente identitario lo que significó la idealizada resistencia antifascista de los años cuarenta (54). Quizá ello adquiera

---

(52) ALESSANDRO PIZZORNO: «Political exchange and collective identity in industrial conflict», págs. 277-298 en COLIN CROUCH y ALESSANDRO PIZZORNO (eds.): *The resurgence of class conflict in Western Europe*, vol. 2, Macmillan, Londres, 1978; ALESSANDRO PIZZORNO: «Considerazioni sulle teorie dei movimenti sociali», *Problemi del Socialismo*, núm. 12, 1987, págs. 11-27.

(53) SALVADOR GINER: «La conquista del caos», págs. 13-25 en FERNANDO REINARES (ed.): *Terrorismo y sociedad democrática*, op. cit.

(54) SABINO ACQUAVIVA: *Guerriglia y guerra rivoluzionaria in Italia. Ideologia, fatti, prospettive*, Rizzoli, Milán, 1979, y FRANCO FERRAROTTI: *Alle radici della violenza*, Rizzoli, Milán, 1979. Un argumento similar ha sido utilizado para interpretar el caso japonés por HIROSHI KAWAHARA en «L'intreccio

especial significación en el caso vasco, donde la dictadura franquista reprimió con dureza y durante décadas distintas manifestaciones culturales autóctonas, al tiempo que en algunas comarcas se hacían visibles los corolarios del relanzamiento industrial ocurrido a lo largo de los años sesenta, como la inmigración masiva, el hacinaamiento, la urbanización rampante o el deterioro medioambiental. Ahora bien, para que el hecho de adquirir o afirmar una identidad colectiva pueda ser incorporado al conjunto de motivaciones inductoras de la participación en grupos terroristas parece preciso, en primer lugar, que la violencia ocupe o haya ocupado un lugar muy destacado, si no central, entre sus elementos definitorios. En segundo lugar, que la organización clandestina en cuestión sea percibida por un sector significativo de la población como portadora privilegiada de dicha identidad colectiva, algo que puede acontecer con mayor facilidad en el seno de sociedades civiles débilmente articuladas. A este respecto, cabe recordar que la violencia desplegada por ETA catalizó la reproducción del nacionalismo vasco durante los años sesenta (55) y que dicha organización fue percibida, siéndolo todavía hoy por una minoría, como depositaria de la auténtica identidad nacional.

## VI. CONTEXTO DE LA MICROMOVILIZACIÓN Y RECLUTAMIENTO

Argumentos teóricos e indicios preliminares invitan a considerar, en definitiva, la existencia de un conjunto de motivaciones, variadas pero mutamente compatibles, discernibles entre quienes han optado por la militancia en organizaciones terroristas. Al igual que ocurre con respecto a la participación política en general, las distintas motivaciones inciden probablemente entremezcladas y se ordenan jerárquicamente según el perfil sociológico de cada persona, las experiencias de socialización que haya vivido o los rasgos de su personalidad, entre otros aspectos intervinientes (56). Precisar todavía más que individuos pertenecientes a un agregado de rasgos demográficos y sociales comunes, con ciertas experiencias típicas de socialización política y motivos que inducen al uso de la violencia, se impliquen en organizaciones terroristas como las conocidas en sociedades industriales avanzadas y otros escenarios altamente urbanizados requiere, sin duda, atender a cómo se produce de hecho el reclutamiento. Esto es, indagar en las circunstancias interactivas inmediatas que incrementan la verosimilitud de que ciertas personas terminen por participar en el engranaje de

---

tradicionalismo-modernismo nel terrorismo giapponese», págs. 207-234 en DONATELLA DELLA PORTA y GIANFRANCO PASQUINO (eds.): *Terrorismo e violenza politica*, Il Mulino, Bolonia, 1983.

(55) ALFONSO PÉREZ AGOTE: *La reproducción del nacionalismo. El caso vasco*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1984.

(56) FERNANDO REINARES: «Teoría de la acción colectiva y participación política», págs. 228-245 en PILAR DEL CASTILLO (ed.): *Comportamiento político y electoral*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1994.

tales formaciones clandestinas. A este respecto, es oportuno recordar una hipótesis otrora muy influyente que consideraba la participación en formas extremistas de acción colectiva como propia de individuos aislados, desarraigados, divorciados de su entorno social (57). Empero, investigaciones más recientes sobre movimientos sociales y violencia colectiva han mostrado que los activistas considerados se encontraban habitualmente bien insertos en redes sociales (58). Más aún, que la dinámica intrínseca a las relaciones interpersonales recíprocas propia de tales redes tendía a servir como vehículo en el proceso de afiliación individual a una organización concreta. Proceso que, en el caso del terrorismo, supone con frecuencia la gradual culminación de sucesivos estadios precedentes de radicalidad (59).

Aunque siempre hay excepciones, la decisión de ingresar en una organización armada clandestina suele tomarse en el seno de un núcleo de personas que, además de compartir determinadas experiencias de socialización y orientaciones afines respecto a las relaciones de poder existentes en una colectividad, a menudo se encuentran ligadas entre sí por múltiples vínculos. Así, en los confines de lo que cabe considerar como una subcultura política, los lazos afectivos existentes parecen facilitar la transición desde formas precedentes de implicación, si como es frecuente existieran, hacia otros compromisos de mayor intensidad. La información recopilada respecto a organizaciones terroristas de extrema izquierda en Italia y Alemania, así como sobre grupos armados republicanos en Irlanda del Norte, revela, por ejemplo, que los respectivos militantes fueron reclutados de entre densas redes sociales, donde los ligámenes políticos, configurados dentro de una subcultura en la que no se condenaba el uso de la violencia o ésta era incluso justificada como práctica política, estaban reforzados por solidaridades basadas sobre todo en vínculos de amistad o parentesco (60). Convertirse en miembro de una organización política clandestina implica con frecuencia, especialmente cuando el grupo armado se encuentra aislado socialmente y en la medida en que la militancia implica una ruptura más o menos

---

(57) WILLIAM KORNHAUSER: *The politics of mass society*. Free Press, Glencoe, Illinois, 1959.

(58) ANTHONY OBERSCHALL: *Social conflict and social movements*, *op. cit.*: KENNETH L. WILSON y ANTHONY M. ORUM: «Mobilizing people for collective political action», *Journal of Political and Military Sociology*, vol. 4, 1976, págs. 187-202; CHARLES TILLY: *From mobilization to revolution*, *op. cit.*: DOUG MCADAM: «Recruitment to high risk activism: the case of Freedom Summer», *American Journal of Sociology*, vol. 92, 1986, págs. 64-90.

(59) EHUD SPRINZAK: «The psychopolitical formation of extreme left terrorism in a democracy: the case of the Weathermen», págs. 65-85 en WALTER REICH (ed.): *Origins of terrorism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

(60) DONATELLA DELLA PORTA: *Il terrorismo di sinistra*, *op. cit.*; FRIEDHELM NEIDHARDT: «Leftwing and rightwing terrorist groups: a comparison for the German case», *op. cit.* Sobre el ámbito comunitario del que proceden los activistas del IRA, véase FRANK BURTON: *The politics of legitimacy. Struggles in a Belfast Community*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1978, capítulo 3. Asimismo, JEFFREY A. SLUKA: *Hearts and minds. water and fish. Support for the IRA and INLA in a Northern Irish ghetto*, JAI Press, Greenwich, Connecticut y Londres, 1989.

acusada con la dinámica cotidiana vivida hasta entonces, transformaciones personales análogas por su importancia a lo que cabe concebir como conversión (61). De este modo, la confianza recíproca inherente al grupo de pares o a la presencia de familiares próximos podría, eventualmente, operar reduciendo los riesgos e incertidumbres percibidos en la militancia, especialmente si hay personas cercanas ya implicadas. Estudios empíricos relevantes sobre sectas religiosas han enfatizado, a este respecto, la importancia que la solidaridad interpersonal tiene para facilitar la incorporación de nuevos adeptos (62). Más aún, el contacto personal entre individuos implicados y otros que no lo están pero se encuentran en situación de disponibilidad potencial, constituye un trámite previo que hace prever un incremento significativo en la probabilidad de que ocurra la captación (63). Lo mismo ha sido reiteradamente observado con referencia a movimientos sociopolíticos de protesta (64).

En definitiva, el conocimiento disponible apunta a la existencia, también en lo que atañe a la participación en organizaciones terroristas, de lo que en la literatura sobre movimientos sociales ha sido definido como contexto de la micromovilización (65). Un espacio donde individuos predispuestos convergen con las políticas de reclutamiento desarrolladas por las formaciones respectivas para movilizar individuos en favor de la acción colectiva que estas últimas protagonizan. Es decir, un asentamiento basado en la intersección de grupos formales e informales, donde las inclinaciones de los individuos disponibles se alinean con un marco de referencia coincidente con el de determinadas organizaciones (66). En un contexto de micromovilización, determinados procesos cognitivos como la definición de la situación, la atribución de culpa a un adversario reconocible, el reconocimiento de oportunidades para actuar y la decisión misma de hacerlo, inducidos en buena medida por la política de proselitismo desarrollada por una organización política, influyen sobre las personas ya predispuestas en

---

(61) DAVID SNOW y RICHARD MACHALEK: «The convert as a social type», págs. 259-289 en RANDALL COLLINS (ed.): *Sociological theory 1983*, Jossey Bass, San Francisco, 1983.

(62) R. STARK y W. S. BAINBRIDGE: «Network of faith: interpersonal bonds and recruitment to cults and sects», *American Journal of Sociology*, vol. 85, 1980, págs. 1376-1395.

(63) MAX HEIRICH: «Changes of heart: a test of some widely held theories of religious conversion», *American Journal of Sociology*, vol. 83, 1977, págs. 653-680.

(64) LUTHER P. GERLACH AND VIRGINIA H. HINE: *People, power, and change: movements of social transformation*, Bobbs Merrill, Indianapolis, 1970; DONALD VON ESCHEN, JEROME KIRK y MAURICE PINARD: «The organizational substructure of disorderly politics», *Social Forces*, vol. 49, 1971, págs. 529-544; DAVID SNOW, LOUIS ZURCHER y SHELDON EKLAND-OLSON: «Social networks and social movements: a microstructural approach to differential recruitment», *American Sociological Review*, vol. 45, 1980, págs. 787-801; DOUG MCADAM: «Recruitment to high risk activism: The case of Freedom Summer», *op. cit.*

(65) DOUG MCADAM, JOHN D. MCCARTHY y MAYER N. ZALD: «Social movements», págs. 695-737 en NEIL J. SMELSER (ed.): *Handbook of sociology*, Sage, Newbury Park, 1988.

(66) DAVID SNOW y otros: «Frame alignment processes, micromobilization, and movement participation», *American Sociological Review*, vol. 51, 1986, págs. 464-481.

función de sus antecedentes sociales, experiencias de socialización y determinantes motivacionales (67). El ámbito concreto en el que acontece el reclutamiento suele coincidir, en el caso de las organizaciones terroristas formadas sobre todo por individuos procedentes de clases acomodadas, con los recintos universitarios. Los grupos clandestinos que tienden a nutrirse de personas procedentes de estratos sociales inferiores encuentran su terreno más favorable a la movilización individual en entidades informales como las cuadrillas, clubes populares, fraternidades, asociaciones parroquiales y similares. En uno y otro caso, se trata de colectividades relativamente segmentadas del resto de la sociedad, por lo que constituyen un ámbito propicio para la captación. En uno y otro supuesto es habitual, también, el reclutamiento en bloque.

La naturaleza, por ilegal clandestina, de las organizaciones terroristas parecería imponer, debido a las medidas de seguridad que resulta previsible adopten sus dirigentes, una política de reclutamiento selectiva, con cuidadoso proselitismo y prolongado entrenamiento, típica de lo que se ha denominado organizaciones políticas excluyentes (68). Bien es cierto que las pautas prevalentes de reclutamiento pueden registrar modificaciones a lo largo del tiempo. Por ejemplo, de gradual a acelerado, como cabe imaginar cuando hay dificultades para atraer nuevos miembros y los pocos que aceptan ingresar son rápidamente incorporados a las actividades armadas sin apenas entrenamiento. Hasta aquí, con todo, la discusión se ha centrado en quiénes y por qué devienen miembros de organizaciones terroristas contemporáneas como las conocidas en sociedades industriales avanzadas, al igual que en cómo tiene lugar su incorporación. Sin embargo, no menos importante resulta, ni teórica ni sustantivamente, explorar, por una parte, el mantenimiento del compromiso militante en la clandestinidad, a pesar de los gravosos costes que aparentemente implica en términos de dedicación y riesgo, y puesto que las motivaciones para incorporarse pueden diferir, siquiera parcialmente, de las que inciden para permanecer. Por otra parte, la salida del terrorismo, el abandono de la organización terrorista, cuando llega a producirse.

## VII. MANTENIMIENTO DEL COMPROMISO EN LA CLANDESTINIDAD

La definición de las ventajas y los inconvenientes de tomar parte en un proceso de acción colectiva, cualquiera que sea su cariz, es algo más bien subjetivo (69). Pero

---

(67) DOUG MCADAM: *Political process and the development of black insurgency, 1930-1970*, University of Chicago Press, Chicago, 1982, págs. 48-51.

(68) MAYER N. ZALD y ROBERTA ASH: «Social movement organizations: growth, decay and change», *Social Forces*, vol. 44, 1966, págs. 327-341. Respecto al caso concreto de un grupo terrorista, véase ALISON JAMIESON: «Entry, discipline and exit in the Italian Red Brigades», *Terrorism and political violence*, vol. 2, 1990, págs. 1-20.

(69) ALESSANDRO PIZZORNO: *I soggetti del pluralismo*, Il Mulino, Bologna, 1980, págs. 257-296;

ello no impide señalar algunos de los mecanismos básicos que, de acuerdo con la información existente, promueven una pertenencia prolongada a las organizaciones terroristas. En primer lugar, el mantenimiento del compromiso militante se encuentra favorecido por los ligámenes afectivos que surgen entre quienes actúan conjuntamente. Es decir, lo confortante de pertenecer a una pequeña comunidad de individuos de la misma mentalidad puede constituir un importante incentivo para que muchos miembros de los grupos terroristas acepten una implicación duradera. En segundo término, el compromiso militante se encuentra determinado por los constreñimientos inherentes a la vida misma en la clandestinidad. Ahora bien, los dirigentes terroristas pueden amplificar tales efectos a través de medidas acompañadas de otros incentivos ofrecidos por la organización a sus miembros, a cambio de un duradero compromiso total. Muchos de esos incentivos, como tales, son asimilables a los habitualmente proporcionados por otro tipo de grupos políticos, aunque se ha señalado que las organizaciones de carácter conspirativo tienden con más facilidad, a lo largo del tiempo, a sustituir los que hacen referencia a objetivos programáticos por aquellos encaminados a favorecer la cohesión interna (70). Así, las organizaciones terroristas denotan, en general, una acusada tendencia a autopropetarse más allá de los escenarios que hicieron posible su aparición. Para ello se establecen dentro de ellas mecanismos encaminados a promover la lealtad incondicional de los miembros, elevando los costes que conllevaría optar por respuestas alternativas como la expresión de disenso interno o el abandono del grupo, una pauta como tal observada respecto a diversos tipos de organizaciones, políticas o no, que la implementan como útil para prevenir su decadencia (71).

La fuerte inversión inicial, a menudo junto a una severa reducción de la comunicación con el exterior, factores que en sí mismos tienden a promover una cada vez mayor identificación con el grupo, pueden ser manipulados, a fin de llevar el compromiso militante a un punto de difícil retorno, mediante elevadas barreras de entrada y rituales de iniciación entre los que se suele incluir la comisión de algún acto delictivo que criminaliza. Por ejemplo, cuando los Grupos Revolucionarios Antifascistas Primero de Octubre (GRAPO) reclutaban a un nuevo militante, era costumbre que se le obligara a conseguir su propia arma arrebatándosela a algún policía (72). De otro lado, las elevadas expectativas políticas, probablemente reforzadas en períodos de exitosa movilización, junto a la concomitante exaltación del

---

ALBERT O. HIRSCHMAN: *Shifting involvements: private interests and public action*, Princeton University Press, Princeton, 1981.

(70) JAMES Q. WILSON: *Political organizations*, Basic Books, Nueva York, 1973. MARTHA CRENSHAW: «An organizational approach to the analysis of political terrorism», *Orbis*, vol. 29, 1985, págs. 465-489.

(71) ALBERT O. HIRSCHMAN: *Exit, voice and loyalty. Responses to decline in firms, organizations and states*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1970.

(72) Este y otros aspectos de la militancia en dicha organización terrorista, relatados por un antiguo miembro de la misma, se encuentran en FÉLIX NOVALES: *El tazón de hierro*, Editorial Crítica, Barcelona, 1989.

activismo como deber inexcusable y hasta heróico, han sido considerados como elementos importantes para estimular el compromiso sostenido en organizaciones políticas clandestinas (73). Sería de esperar, por tanto, que la militancia duradera en organizaciones terroristas estuviera favorecida también por incentivos ideológicos tendentes a enfatizar esa clase de actitudes, al igual que otras importantes creencias cuya importancia ha sido subrayada en investigaciones precedentes. Como, por ejemplo, una imagen dicotomizada y maniquea, distorsionada pues, del mundo social, reducido por lo común a un campo de fuerzas con dos contendientes básicos, sean estos definidos en términos de patriotas y traidores, burgueses y proletarios, creyentes e infieles. Por otra parte, una justificación ideológica de la violencia, hasta el extremo del homicidio, mediante la deshumanización de las víctimas, lo cual tiende a diluir la conciencia de las propias responsabilidades personales (74). Así, en el seno de las organizaciones terroristas se llega presentar a los adversarios no como personas merecedoras de consideración sino como perros o cerdos, seres infrahumanos a los que se atribuyen caracterizaciones bestiales y respecto a los cuales no ha de tenerse piedad alguna.

Aunque ciertas convicciones políticas preceden a la adquisición del compromiso militante, la propia participación en organizaciones terroristas conlleva habitualmente una búsqueda de racionalización. Más aún, el adoctrinamiento dentro del grupo tiende a afianzar un compromiso con la causa basado en la pretendida superioridad dogmática de la misma y en una ética de la convicción que también permite eludir responsabilidades por las consecuencias de la propia conducta y es propia de fanáticos políticos o religiosos, *true believers* en definitiva, a los que caracteriza, además de la imagen dicotomizada del mundo y la justificación de la violencia antes aludidas, una acuciante necesidad de pertenencia (75). Buen ejemplo de esta actitud es el proporcionado en un documento elaborado por ETA a mediados de los sesenta, cuando el incipiente grupo clandestino estaba reducido a unos pocos miembros refugiados en territorio francés y donde, junto a una opción decidida por emular los procesos revolucionarios que por entonces acaecían en distintos ámbitos tercermundistas, puede leerse lo siguiente: «el gudari revolucionario, es decir, el gudari militante, lucha, como el antiguo cruzado, por una idea, por una verdad, la nuestra: liberación radical de Euskadi y de sus pobladores. Para nosotros, al igual que para el cruzado del siglo x la suya, nuestra verdad es la verdad absoluta, es decir, verdad exclusiva que no permite ni la duda ni la oposición, y que justifica la eliminación de los enemigos, virtuales o reales» (76). Además de todo ello, conviene no olvidar que

---

(73) JOSÉ M. MARAVALL: *Dictatorship and political dissent. Workers and students in Franco's Spain*, op. cit., págs. 245-248.

(74) ALBERT BANDURA: «Mechanisms of moral disengagement», págs. 161-191 en WALTER REICH (ed.): *Origins of terrorism*, op. cit.

(75) Sobre esta caracterización véase la conocida obra de ERIC HOFFER: *The true believer*. Harper and Row, Nueva York, 1951.

(76) ETA, «La insurrección en Euskadi», documento policopiado aprobado en la tercera asamblea de dicha organización, celebrada en 1964, pág. 7.

los militantes de las organizaciones terroristas tienden a depender del propio grupo armado para satisfacer sus necesidades materiales más básicas. Por otra parte, los hábitos y habilidades adquiridos durante una experiencia en clandestinidad dedicada al uso de la violencia no son fácilmente transferibles a los requerimientos que impone la convivencia cívica en condiciones de legalidad. Estas circunstancias coadyuvan también, por tanto, al matenimiento del compromiso adquirido al ingresar en una organización terrorista.

Además, incentivos negativos como la amenaza de represalias rigurosas, en forma de coacción física o sanción social, contra quienes vocean disentiimiento interno o protagonicen abandonos, operan fortaleciendo de alguna manera, nunca desde luego absoluta, el compromiso individual. En los últimos años, por ejemplo, la dirección de ETA(m) ha amenazado de muerte a cuantos militantes se acojan a las medidas de reinserción social establecidas por el Gobierno español para facilitar el abandono de la organización terrorista, amenaza a la que ha tratado de dar crédito mediante acciones tales como el asesinato en 1986 de una antigua dirigente que había aceptado dichas facilidades, mientras paseaba con su hijo de corta edad por la plaza de su localidad natal guipuzcoana, a la que había regresado para establecerse definitivamente después de varios años de residencia en México. Asimismo, un antiguo miembro del grupo terrorista alemán Células Revolucionarias describió lo difícil de su situación tras renunciar a la militancia, pues se vio obligado durante largo tiempo a permanecer oculto por miedo tanto a ser detenido por las autoridades como a que lo localizaran sus camaradas del pasado (77). Todavía más ilustrativo es el caso del Ejército Rojo de la Unión, organización terrorista japonesa de extrema izquierda surgida a inicios de los años sesenta, cuyos dirigentes solventaron la existencia de faccionalismo en su seno ordenando el linchamiento y la muerte de catorce miembros, tras acusarlos de insubordinación y de haber intentado poner fin a su compromiso militante (78).

#### VIII. ABANDONO DEL TERRORISMO Y CONSECUENCIAS BIOGRÁFICAS

A pesar de los constreñimientos inherentes a la militancia clandestina y de los instrumentos de control social interno establecidos por los dirigentes de un grupo armado, algunas circunstancias pueden facilitar que los activistas consideren su disociación del mismo, aun cuando la pérdida del sentido de la realidad o distorsión típica del compromiso secreto y a tiempo total actúa obstaculizando el reconocimien-

---

(77) Testimonio de HANS J. KLEIN al periódico francés *Libération*, 8 de octubre de 1978. Recogido en BONNIE CORDES: «When terrorists do the talking: reflections on terrorist literature», en DAVID C. RAPOPORT (ed.): *Inside terrorist organizations*, Columbia University Press, Nueva York, 1988, pág. 157.

(78) Hechos relatados por HIROSHI KAWAHARA en «L'intreccio tradizionalismo-modernismo nel terrorismo giapponese», *op. cit.*, págs. 229 y 230.

to de eventuales fracasos o la reflexión crítica sobre el sentido de las acciones emprendidas (79). No en vano, un axioma, de entre los formalizados como principios de la solidaridad grupal, establece que cuanto más prolongada la implicación de un individuo y más longeva la organización a que pertenece, más alejado de la realidad deviene (80). Con todo, entre aquellas circunstancias que pueden desencadenar una crisis de la militancia y el posterior abandono de la práctica terrorista cabe aludir, en primer lugar, a la percepción individual de una discrepancia lo suficientemente aguda entre las condiciones políticas iniciales que motivaron la militancia y la realidad ulterior. En segundo lugar, a cambios en las condiciones personales, que a su vez acarrear cambios de preferencias, como por ejemplo una decepción con la implicación pública y el deseo de volverse hacia la vida privada. Por último, el distanciamiento individual con respecto a la organización terrorista de que se forma parte puede deberse a desacuerdos personales con el modo en que los dirigentes gestionan los asuntos internos del grupo o con las campañas de violencia que han decidido emprender. A esta última circunstancia corresponde el argumento de una antigua militante del IRA, quien relata en sus memorias que tomó la decisión de abandonar dicha organización clandestina norirlandesa, tras un año en su seno, al no coincidir con los dirigentes armados republicanos en la oportunidad de emprender acciones violentas que por sus características ocasionaban víctimas civiles (81).

En cualquier caso, la salida del terrorismo resultará mucho más factible una vez que se reduzcan los costes que dicho abandono implica. Como ocurre, por ejemplo, cuando una organización no es capaz de aplicar penalizaciones coactivas contra quienes abandonen la disciplina o ya no desea hacerlo. Como ocurre también cuando las autoridades estatales otorgan amnistías, indultos o reducciones de pena, a cambio de colaboración con la justicia, como en el caso italiano, o de la renuncia expresa a la violencia, cual es la ya aludida situación española. Si la probabilidad de éxito, siquiera relativo, de una organización terrorista es percibida como muy pequeña o inexistente, la combinación de ambos factores bien puede llevar, en términos de elección racional, a una estimación negativa de los beneficios personales netos de continuar el compromiso militante, como ha sido formalmente analizado con referencia a los provisionales del IRA norirlandés (82). En tales circunstancias, la actitud de otros implicados puede operar como factor determinante en una u otra decisión individual a tomar. Una importante, ya clásica, investigación sobre sectas mesiánicas contemporáneas mostró que los adeptos afectados por la disonancia cognitiva resul-

---

(79) MARTHA CRENSHAW: «The subjective reality of the terrorist: ideological and psychological factors in terrorism», págs. 12-46 en ROBERT O. SLATER y MICHAEL STOHI. (eds.): *Current perspectives on international terrorism*. Macmillan, Basingstoke, 1988.

(80) MICHAEL HECHTER: *Principles of group solidarity*. University of California Press, Berkeley, 1987.

(81) MARIA MCGUIRE: *To take arms. A year in the Provisional IRA*, Macmillan, Londres, 1973.

(82) ANTHONY OBERSCHALL: «Protracted conflict», en MAYER N. ZALD y JOHN D. MCCARTHY (eds.): *The dynamics of social movements. Resource mobilization, social control, and tactics*, op. cit., págs. 54 y 56.

tante de percibir el fracaso de la profecía sobre la que se sostenía su sistema de creencias tendían con mucha mayor facilidad a abandonar el culto en ausencia de interacción física con otros adeptos (83). De otro modo, quienes vivían juntos la refutación de sus expectativas se mostraban mucho más predispuestos a admitir eventuales racionalizaciones que dieran cuenta de los hechos tenidos por anómalos y, como resultado, a mantener su adhesión incondicional al grupo. Por el contrario, quienes experimentaban el fracaso de la profecía fuera del aislamiento en que permanecía la congregación, en contacto con la realidad social y en compañía de personas queridas pero no pertenecientes al colectivo mesiánico, tendían a alejarse del mismo y finalmente a abandonarlo. Ello sugiere una hipótesis contrastable, por ejemplo, respecto a los resultados de la actual política gubernamental española en materia de dispersión carcelaria de los aproximadamente quinientos presos condenados por delitos relacionados con la pertenencia a ETA o la colaboración con dicha banda terrorista, hasta finales de 1989 confinados en grandes colectivos y muy pocas penitenciarias, reacios inicialmente a aceptar las medidas de reclasificación o reinserción social ofrecidas por las autoridades.

Más allá de la salida del terrorismo, cualquier exploración acerca de la participación individual en dicha violencia ha de abordar, finalmente, las consecuencias biográficas que, a corto y largo plazo, acarrea el haber militado en una organización armada clandestina. Investigaciones previas acerca de antiguos voluntarios implicados en formas de acción colectiva legales, pero de elevado compromiso y alto riesgo, han puesto de manifiesto los fuertes efectos que dicho activismo entraña, con posterioridad, en muchas facetas de la vida personal, privada y pública, incluyendo una marcada continuidad en términos de valores políticos y persistencia de una elevada propensión a la participación en la vida pública (84), aunque dichos trabajos se refieran a grupos cuya pertenencia implica no tanto las transformaciones características de la conversión como los cambios propios de lo que ha sido definido mediante el término de alternación (85). Importantes variaciones han sido observadas, de hecho, en la consistencia ideológica y el activismo subsiguiente a la militancia en organizaciones políticas clandestinas como las existentes en nuestro país bajo la dictadura franquista (86). El compromiso aún más totalizante requerido por las organizaciones terroristas y el tipo de actividades que éstas solicitan ejecutar a sus miembros sugieren pautas acaso más discontinuas en las consecuencias biográficas

---

(83) LEON FESTINGER, HENRY W. RIECKEN y STANLEY SCHACHTER: *When prophecy fails. A social and psychological study of a modern group that predicted the destruction of the world*. Harper and Row, Nueva York, 1956.

(84) DOUG MCADAM: «The biographical consequences of activism», *American Sociological Review*, vol. 54, 1989, págs. 744-760.

(85) RICHARD V. TRAVISARO: «Alternation and conversion as qualitatively different transformations», págs. 237-248 en GREGORY P. STONE y HARVEY FARBERMAN (eds.): *Social psychology through symbolic interaction*, Wiley, Nueva York, 1981.

(86) JOSÉ M. MARAVALL: *Dictatorship and political dissent. Workers and students in Franco's Spain*, *op. cit.*; págs. 250 y 251.

que acontecen tras la militancia, no sólo en lo que respecta a la implicación política ulterior. Consecuencias que, previsiblemente, varían en función de la duración y el grado de intensidad del compromiso habido, el entorno social y familiar del cual procede un individuo, así como sus cualificaciones personales en el momento de ingresar en una organización terrorista. En otro sentido, se ha señalado que el pasado compromiso terrorista tiende a ser enjuiciado retrospectivamente como errado por unos pocos de quienes lo asumieron, como accidente azaroso por algunos otros y como una experiencia cuyo sentido o necesidad pretérita se asume por la mayoría de cuantos lo aceptaron, sin que ello necesariamente implique voluntad alguna de volver a retomarlo (87).

## IX. CONCLUSIONES

Una sociología política de la militancia en organizaciones terroristas requiere, en primer lugar, explorar las características sociodemográficas de quienes se implican en dicha forma de violencia colectiva. De la información existente al respecto se deduce que la gran mayoría de ellos son varones, solteros, veinteañeros en el momento de ser captados y procedentes de medios urbanos. Otras variables, como la clase social, resultan más diversificadas y se encuentran relacionadas con los niveles de movilización alcanzados por cada grupo armado clandestino. En segundo lugar, el análisis debe centrar su atención en las experiencias de socialización política propias de los individuos, muchos de ellos con rasgos estructurales coincidentes, que ingresan en tales asociaciones secretas. Aunque el impacto de los antecedentes familiares y educativos varía notablemente según los casos, la experiencia previa de activismo dentro de una subcultura radicalizada destaca como dato que tiende a incrementar la probabilidad de una implicación mayor. Argumentos teóricos e indicios preliminares invitan, en tercer lugar, a considerar la existencia de un conjunto de motivaciones, variadas pero mutamente compatibles, discernibles entre quienes han optado por el terrorismo. Dichas motivaciones, cuya importancia relativa depende del perfil sociológico de los individuos y los procesos sociopolíticos en que se han visto inmersos, pueden referirse a estados emocionales, criterios de racionalidad con arreglo a fines de interés público, consideraciones utilitarias en sentido privado y la afirmación de identidades colectivas. En cuarto lugar, es preciso indagar la manera en que acontece el reclutamiento. Así, las predisposiciones individuales basadas en la posición que una persona ocupa en la estructura social, sus experiencias de socialización política y las motivaciones para la acción, se transforman en militancia efectiva mediante el efecto combinado de dos procesos convergentes. Por una parte, los cognitivos e interactivos que tienen lugar en el contexto de la micromovi-

---

(87) PETER WALDMANN (ed.): *Beruf Terrorist. Lebensläufe im Untergrund*. Verlag C.H. Beck, München, 1993.

lización. Por otra, las políticas de reclutamiento que desarrollan las propias organizaciones terroristas. En quinto lugar, importa explicar el mantenimiento del compromiso militante, pese a los gravosos costes que aparentemente entraña en términos de dedicación y riesgo. Compromiso cuya duración depende de factores tales como las vinculaciones afectivas que se generan entre quienes comparten la actividad en un grupo terrorista, el sistema de incentivos ideológicos y coactivos establecido por sus dirigentes, al igual que los constreñimientos inherentes a la propia vida en clandestinidad. En sexto y último lugar, es menester abordar las circunstancias bajo las cuales resulta más verosímil la renuncia al terrorismo y el abandono de las organizaciones que lo practican sistemáticamente. La percepción de cambios en la realidad política, transformaciones de carácter personal y desacuerdos con la dinámica violenta de un grupo armado pueden estimular el abandono de la clandestinidad, en especial cuando se reducen los costes que normalmente acarrea dicha salida. Por su parte, las consecuencias biográficas que conlleva una trayectoria anterior como miembro de una organización terrorista dependen entre otras cosas de la situación individual al ingreso, el origen social y familiar, así como las experiencias vividas durante la militancia, como por ejemplo el haber o no cumplido penas de prisión.